

cuento ese hecho. Sin embargo, ese contratista es un asesino y su crimen ha sido por ganar más dinero. Las mil quinientas víctimas de la catástrofe de Courrieres tampoco las he contado; ello no obstante, fueron asesinadas en beneficio de los administradores de la compañía, y, por lo tanto, esos altos y poderosos señores eran unos asesinos. Y las gentes que los han inmunizado son culpables de complicidad del monstruoso asesinato.

Si se ensayara el hacer un cómputo «moral» y no «legal», no sería sólo un ochenta por cien solamente los crímenes incluidos en la primera categoría, sino un novecientos noventa y nueve por mil, y tal vez más.

Al exponer lo que precede, espero inducir al mayor número posible de personas a continuar este género de observaciones, quizás con más fortuna que yo he podido hacerlo. Espero conducir las de ese modo, por ellas mismas, a las siguientes conclusiones: Que en una sociedad de seres libres y razonables el dinero desaparecerá; que es el gran malhechor social; y que, según la expresión bien justa de Tolstoy, el dinero, en nuestro mundo actual, a despecho de apariencias y mentiras, no es un instrumento de cambio, sino instrumento de opresión.

C. A. LAISANT

Sobran perros y faltan hijos

En dos días ha habido dos hechos que se compenetrán; la clausura de la Exposición canina y el resultado del censo demográfico de Francia relativo a 1911.

Mientras el rollizo Presidente de la República acariciaba en sus brazos á la perrita *griffone*, belga, *Buzette*, de dos años de edad y de un poco más de un kilo de peso, que ha obtenido el primer premio en la Exposición perruna, la estadística decía que la población de Francia había disminuido en casi 35,000 habitantes en 1911.

La Exposición canina, a la que dos mil expositores entusiastas enviaron otros tantos ejemplares de nuestro fiel compañero el perro, ha sido como la glorificación de éste, como una prueba decisiva de la parte interesantísima que ocupa en la sociedad francesa. El perro se ha convertido para cierta gente en un artículo de imprescindible necesidad.

Podrá no haber, y sin duda no la hay, ninguna relación entre la pasión por el perro y la indiferencia por los hijos, pero lo cierto es que en las casas donde el primero abunda, los últimos faltan por completo. La prueba

está en los hogares franceses, y en cualquiera de los paseos frecuentados por la gente de tono o de la galantería. Cada señora lleva su perrito del lazo o disimulado [bajo el brazo. Si está sentada en un café, a sus pies o a su lado, veréis, casi sin excepción, el consabido perro, y cuando os fijéis en un automóvil ocupado por una dama, veréis asomar por la ventanilla un hociquillo sonrosado de *lulú*, de *griffon* o de *terrier* o una dentadura blanquísimas de dogo enano y patitorcido, de esos que ahora son el *dernier cri*.

¿Muchachos, criaturas, hijos? No los encontraréis ni con el candil al lado de esas damas y damiselas «de perro». Estuve en la clausura de la Exposición canina y sólo pude contar siete muchachos en el salón, acompañados por personas que no llevaban perro. La mayoría de los demás concurrentes iban solos o con un can al lado. Para completar la prueba visité el mismo día los parajes que suelen estar concurridos por niños y noté la ausencia absoluta de perros. Esto, añadido al gusto creciente que tienen los señores de poseer un perro y a la disminución correlativa del número de